

ARTÍCULO XXVII.

Desde Alicante á Valencia.—Viaje de los reyes.

A bordo de la fragata *Perla*.

Son las dos de la tarde del 28 de mayo de 1858, y nos encontramos embarcados en la fragata *Perla*. A la izquierda se ve á Alicante con sus áridos alrededores que dan sed, y á la derecha se ve la escuadra que va á conducir á la real familia á Valencia, y cuyos buques interrumpen agradablemente la monotonía de ese mar, que cuando le preguntaron al Cardenal de Borbon qué tal le parecía, contestó, describiéndole perfectamente: «lo que yo me había figurado, ¡mucho agua... mucha agua!...» Efectivamente, el mar tiene demasiada agua para que no sea monótono. Y para sacar partido de esta monotonía escribiendo á Vds., sería menester tener la bizarra originalidad de nuestro colaborador y amigo Juan Valera, porque, despues de embarcados, ¿qué es lo que veis alrededor de la *Perla*? A los lados agua, mucha agua; encima un espacio sin medida, y debajo un abismo que no se puede sondar.

Pero ya que tengo la pluma en la mano, me decido á escribir á Vds. mis impresiones de viaje, aunque

me convenzo de que soy el peor cronista posible. Nunca sé decir lo que veo, sino lo que me figuro que veo. Soy un escritor parecido á las arañas; jamás sé hacer telas como no las saque de mi propia sustancia.

¡Qué ruido, Dios mio! Han dado las tres, y se conoce que la falúa que conduce á SS. MM. para dirigirse al navio *Francisco de Asís* sale del muelle. Jamás he visto un rey tan vitoreado como la Reina Isabel II en los tres dias que ha permanecido en Alicante. ¿Será posible que este ruido, como todos, no tenga más destino que ir á parar al silencio?...

El muelle parece una península formada de postes de carne viva, condenados, por un delirio, á agitar un pañuelo blanco. El castillo, los baluartes, las naves españolas, inglesa y francesa, asordan el mar y la tierra con una multitud de cañonazos. Mas de ochenta embarcaciones empavesadas siguen la falúa real, tocando himnos y lanzando repetidas aclamaciones, á las cuales contestan las tripulaciones con sus quince vivas de ordenanza. Este ruido va á ser una perdición para los pescadores de Alicante, pues en medio año no les sale á los peces el susto del cuerpo, y será difícil convencerlos de que deben volver á sus playas para dejarse pescar.

¡Qué espectáculo tan bello y tan grandioso! La tarde de hoy solo se puede comparar con la de ayer, cuando los reyes visitaron la escuadra. Las salvas de la artillería, los buques empavesados é iluminados, y un pueblo entero saludando á sus principes con la ternura expansiva de una adhesión sincera; parecia anoche Alicante un panorama delicioso ofrecido por Dios en espectáculo á los mismos ángeles.

Se leván anclas, y la escuadra se pone en movimiento. El navio *Francisco de Asís* que conduce á la real familia es remolcado por el vapor *Isabel la Católica*: al cóstado izquierdo va la fragata *Isabel II* remolcada por el *Santa Isabel*, y al derecho camina nuestra *Perla* llevada por el vapor *Pizarro*. Los demás buques de la escuadra siguen á una regular distancia. Al ver este gérmen de nuestro futuro poderio naval, no puedo menos de dirigir mis ojos hácia la quinta de mi amigo el marqués de Molins.

Segun el marqués de Molins, este viaje de la Reina ha sido una esposicion de «la historia del trigo.» La expresion es exactísima. Alrededor de Madrid aun estaba como la *grama*; en la Mancha Baja se le ve más *crecido*; hácia Villena *espigado*; en los campos de San Vicente *segado*, y en la huerta de Alicante *trillado*. Todas estas edades del trigo se recorren en doce horas.

Y á propósito del marqués de Molins, estos días, al contemplar la mayor parte de los buques de la escuadra, de cuya construccion ha sido el autor, debe haber hallado una grande felicidad presenciando estos gloriosos resultados de su antiguo poder. ¿Qué hace el marqués de Molins sin tomar una parte activa en una fiesta, cuyo honor tanto como al que más le pertenece? ¿Es que le agrada más aceptar el imperio del huerto de legumbres, cuya soberanía reclamó Diocleciano en Salona? ¿Es que se le va retirando la fortuna? Aunque fuese así, nunca se le retirará la gloria.

¡Adios! ¡adios! las aclamaciones de la multitud ya se oyen bastante lejos. Solo las adhesiones pertinaces de algunos monárquicos nos están siguiendo al doblar

el Cabo de la Huerta, lanzando *vivas* á la Reina desde el vapor *Alicante*.

Aun nos hacen demostraciones cariñosas.—¡Adios! ¡Adios!—¿Que buen viaje?—¡Gracias! Pronto nos volveremos á ver.—¿Que dónde? En el puerto comun.—¿Que cuál es?—¡La eternidad!...

Se acerca el crepúsculo, y ya no vamos viendo mas que aire y agua, y por variar, agua y aire. Ahora, pues, como la araña, hagamos la tela de nuestra propia sustancia. ¡Acudid, esperanzas mías! ¡Venid, mis recuerdos! Un marino sin recuerdos ¿en qué pensará, Dios mio?

¡Los recuerdos! ¡Y qué agradables los tenemos de nuestra expedicion! ¿No es verdad, caballeros expedicionarios? ¿Os acordais de Villena? ¡Quién tuviera la arrebatadora elocuencia de su predilecto hijo, el señor D. Joaquin Maria Lopez, para pintar aquel almuerzo cordial que la diputacion provincial de Alicante nos preparó bajo una tienda de campaña, que ningun rey ni emperador la han visto nunca más linda, incluso los conquistadores de Asia, que por razon de su oficio, se han visto muchas veces en la necesidad de tener que tomar la sombra!

Alli se nos presentó por el alcalde señor marqués de Colomer y por el Sr. Gil y Osorio, diputado por el distrito y subsecretario de Gracia y Justicia, una pequeña esposicion, mucho más agradable que las de Lóndres y de Paris. La esposicion consistia en unas flores que llevaban en unos canastillos dos docenas de labradoras de 14 á 15 años, que podrian servir de Dorilas en otros tantos idilios, si los habia de componer el mismo Virgilio. General hubo allí que les pasó

una revista de inspeccion más minuciosa y más detenida que lo pudo hacer jamás con ninguno de sus regimientos. A todos generalmente nos hicieron muchísima *gracia*, y hasta hubo severos magistrados que les hicieron completa *justicia*. La menos hermosa de aquellas jóvenes tenía lo que se llama «la belleza del diablo.» Pregunten Vds. de mi parte al amigo Bastús por qué de las muchachas de poca edad se dice que tienen *la belleza del diablo*. Porque la verdad es que hay feas de 15 años que tienen más belleza que todos los diablos juntos. Yo fui el único que transmití las órdenes de la Reina á aquel coro de ángeles con sayas burdas y peines de similar, con cierta rigidez socrática, y sin ceder *da miña gravidade*, como se dice del portugués. Estoy muy satisfecho de mi austeridad de entonces, pues ni siquiera al ver la segunda de la mano izquierda se me ocurrió, como á cierto magistrado que yo suponía ajeno de estas cosas, hacer un comentario de aquel pareado de un poeta moderno:

En la tienda te ví, miré á un espejo,
Y ¡oh qué rabia me dió de verme viejo!

¡Perdonad, lector mio! No puedo menos de interrumpir la relacion del viaje para hacer una observacion que me es completamente personal. Todo esto me interesa á mi solo; pero no puedo menos de escribirlo, porque me interesa mucho. Son las seis, y estamos frente á la Huerta de Alicante. He suplicado al arzobispo de Cuba que no se olvide de bendecirla al pasar. Allá lejos se percibe la capilla donde, naciendo á otra vida más digna, me echaron la bendicion nupcial. Mi pobre mujer estará saludándonos en este mo-

mento con su pañuelo blanco. No la veo; pero como si la viera. ¡No ha de saludarnos al pasar una mujer que al despedirnos me dijo:—«Si no te quieres acordar de mí, acuérdate de que yo me acuerdo de ti?»—Para ir á corresponder á una espresion tan tierna, casi estoy por decir á la escuadra como doña Sabina en la zarzuela de *Por seguir á una mujer*:—«¡Que paren! ¡Que paren!»—Pero ¡ay! esto es imposible. En los buques, lo mismo que en la política, como en el amor, como en todo, lo más fácil es embarcarse: el desembarcar es lo difícil.

Pues continuando la série de las impresiones de nuestra expedicion, diré que no puedo menos de recordar con pesar un momento en que los viajeros nos mareamos en tierra firme.

Al llegar al puente que se llama de la Rambla de Elda recibimos un obsequio del Sr. Salamanca, que no le hemos agradecido. Nuestros lectores habrán oido hablar de un puente alto, muy alto, que los viajeros procuran pasar dormidos para tener el gusto de no verle. Pues bien: encima de aquel puente alto, muy alto, que marea el verlo hasta á los mismos que no se marean en alta mar, tuvo el Sr. Salamanca la feliz ocurrencia, que le agradeceremos que no se repita, de parar el tren para que contemplásemos la belleza y seguridad de la obra. El puente es muy bello desde arriba; pero de seguro nos hubiera parecido mucho más agradable desde abajo.

Pero dejando aparte este recuerdo, que desvanece como la idea de la muerte, pasaremos por las estaciones del tránsito con la brevedad del relámpago, porque estamos muy de prisa. Llegamos á la estacion de

Monóvar: allí están Faustino Verdú y sus amigos: ¡viva la Reina! ¡viva! Ya estamos en Novelda: allí distingo á Segura y á los suyos: ¡viva la Reina un millon de veces! ¡viva una porcion de millones! Pasemos á Monforte, á Agost, á San Vicente: ¡viva la Reina! ¡viva la Reina! ¡viva la Reina! ¡viva! ¡viva! ¡viva! ¡Qué gentío! ¡qué confusion! ¡qué delirio!...

¡Gracias á Dios que llegamos! un poco magullados, pero en fin, llegamos. La estacion de Alicante presentaba uno de los cuadros más animados y más bellos que ninguno de los asistentes habia visto en su vida.

En el centro habia un dosel, debajo del cual se colocó la familia real, y en el fondo, debajo de una gran cruz blanca, se hallaba colocado el sitio donde el prelado se vistió de pontifical para bendecir el camino.

Y en medio de este cuadro lleno de animacion y de buen gusto, figúrense nuestros lectores tres locomotoras llenas de vida hasta la fiebre, hacer tranquilamente el ejercicio, y marchar de frente y sin discrepar un ápice á postrarse tranquilamente y con una envidiable devocion, á los pies del sucesor de los Apóstoles, para recibir con un recogimiento digno de tres novicias la bendicion del prelado; despues de la cual nuestras terribles conversas lanzaron á compás y retrocediendo algunos pasos un grito agudo, como si en aquel momento el espíritu de Satanás, espantado del exorcismo, saliese de las entrañas de aquellas nuevas vírgenes de fundicion, dejándolas incólumes de todo pecado, y libres de todo mal pensamiento ulterior de romper la crisma á ningun infeliz viajero que en el porvenir se entregue á su inteligente direccion y á su moderna religiosidad.

Los reyes eran aplaudidos por el pueblo. Las locomotoras fueron aplaudidas por los reyes.

Concluida la bendicion, y prévia la venia de S. M., el Exemo. Sr. D. Alejandro Mon leyó un discurso en nombre de la sociedad del ferro-carril. El Sr. Mon al encontrarse con aquella historia de la via-férrea que la sociedad ó compañía tuvo el mal gusto literario de indicarle, debió hacer lo que aquel alcalde de uno de los pueblos del transito, que al ver sin duda que el discurso que le habian enseñado, y que probablemente seria la historia de la casa consistorial de su pueblo, no venia al caso en el momento de presentarse la Reina, se dejó de chiquitas, y olvidando la historia que no le habia podido entrar bien en el caletre, sacó del suyo repentinamente la improvisacion siguiente:—«Señora: este pueblo se alegra mucho de ver que vuestra real majestad es una real moza.»—Esto que se le ocurrió á un Ciceron de zaragüelles, debió servirle de ejemplo á uno de los dioses de nuestro olimpo parlamentario.

Cuando recuerdo las primeras conferencias que el Sr. Zaragoza y yo, *única y esclusivamente el señor Zaragoza y yo*, teníamos para buscar los medios de llevar adelante esta empresa, medios que solo encontramos en la actividad y carácter emprendedor del Sr. Salamanca, y veo ahora al Sr. Mon hablar en nombre de la empresa constructora con la más absoluta ignorancia de la historia del asunto, y no solo olvidando los autores del pensamiento, lo cual importa poco, sino hasta tratando de oscurecer con una hojarasca arrancada de árboles estériles la gloria de la sociedad del ferro-carril de Alicante, de algunos celosos gobernadores como los Sres. Cano y Montalvo, y de

su único constructor el Sr. Salámanca, me parece que estoy viendo á un principe crédulo y mal cazador que asesina á boca de jarro la caza que le han presentado maniatada y casi entre los dientes, y casi casimascada y digerida. Pero vamos al caso.

Despues tomó la palabra el Sr. Salamanca, con una actitud tan fresca, un tono de voz tan fresco, y con tan completa frescura, que antes de hablar, parece que decia al público: «Lo que ha hecho mi compañero, lo hizo sin duda porque ha querido, porque esa bicoca llamada elocuencia, y en la cual han sido fuertes Demóstenes, Ciceron y Mirabeau, es una de las artes liberales más fáciles del mundo, como van Vds. á ver por el siguiente trocito: (y aquí nos largó, como dicen los marinos, el Sr. Salamanca un discurso lleno de citas históricas tan sagaces, tan verídicas y tan oportunas, que varias veces le interrumpieron los «bravos» de la muchedumbre, y ni la presencia de SS. MM. pudo impedir que de entre el numeroso concurso saliesen vítores al célebre banquero.)

Concluyamos con la bendicion y con las locomotoras.

¡Gloria á nuestro siglo! Él es el único de la historia que ha logrado aprisionar al diablo de la antigüedad, que siempre se presentaba á los mortales en forma de vapor, y unciéndolo con un yugo de hierro, lo ha convertido en un conductor de mercaderías y de cristianos viejos! ¡Gloria á nuestro siglo, vuelvo á repetir, que nos ha presentado al diablo uncido como si fuese un buey!

La escuadra marcha á paso de rey, cuando los reyes van á pié. Son las siete y media, y aun estamos

sobre Benidorme. Apenas hacemos seis millas por hora. ¡Cuánto dura el tiempo á bordo! Filosofemos por hacer algo y para no vomitar.

Esta gente de Benidorme son los catalanes de los valencianos. Dicen que cada marinero de este pueblo es un centauro.

Nuestro viaje, en el cual siempre llevamos, como dicen los marinos, el bauprés sobre tierra, y en el que vemos pasar en movible panorama las hogueras y los fuegos artificiales ahora, y antes los árboles, los montes, las aldeas y los campanarios, es un viaje por mar que, como la égloga de Melendez Valdés, *huele á to-millo*.

¡A comer, hé? ¡Santa palabra!

¡Cuánto agradecemos al Sr. Quesada, ministro de Marina, que nos haya destinado á este buque con tan buena compañía!

El comandante de la *Perla*, D. Ramon Topete, nos acaba de dar una comida espléndida con una amabilidad y una franqueza verdaderamente encantadoras. Yo no sé cómo hay gentes que aseguran que la marina los *echó á perder*. A mi, el trato de la oficialidad de la fragata me pareció propio hasta para ganar la gloria en este mundo y en el otro. Ignoro la suerte que el destino reservará en el porvenir al Sr. Topete y á su oficialidad; pero ruego al cielo que les aplique parte de nuestra dicha, si esto es necesario para completar la suya. Jamás veré que el cielo se cuelga de nubes para representar una de esas tragedias naturales, que los que hablan naturalmente llaman tempestades, sin que yo encomiende á Dios á esta galante tripulacion en mis cortisimas oraciones.

La mar se mueve un poco. ¿Qué será?

Un marino que está á mi lado, algo brusco, pero muy bueno, y que tiene trazas de haberse ahogado trece ó catorce veces por lo menos, dice que esto no es nada. ¿Qué será algo para este hombre, cuando este movimiento no le parece nada?

Una prueba de que estos balanceos son algo, es que ya voy presumiendo que algunos marineros empiezan á estar de enhorabuena; ya ven con sonrisa fisgona algunas caras con los signos precursores de que los señores cortesanos, esos buzos impávidos que arrostran sin marearse todas las tempestades del mar de la política, al entrar en un mar de agua que no se mueve, dan muestra de querer lo que en el caló marino se llama *cambiar la peseta*. ¡*Cambiar la peseta!* singular espresion que recomiendo, para que nos diga su origen genealógico, á la consumada pericia arqueológica de nuestro amigo Bastús.

Ademas del cambio de la peseta, ese mal que nunca mata, aunque suele ser mas odioso que la muerte, al ver la alegría de algunos marinos, no estoy lejos de creer que para divertirnos del todo no están lejos de desear que el cielo nos envíe una pequeña tempestad. Y probablemente este deseo no dimanará de ninguna mala intención. Porque, ¿qué daño nos podria resultar de una pequeña tempestad, aunque fuese grande? Ninguno. Porque los marineros suponen, con razon, que los hombres sabemos todos nadar, y que las señoras ya van provistas de *boyas de salvamento*, como llaman ellos á los miriñaques.

Vamos en la espedicion más de una docena de periodistas. Si todos pereciéramos en un naufragio,

esta seria una *ley de imprenta* más radical en sus efectos, lo que pareceria imposible, que la del mismo señor Nocedal.

Pero tiene razon el marinero, estas tres ó cuatro cabezadas de la fragata, no han sido, no son, no pueden ser absolutamente nada.

Este mar Mediterráneo es un inválido de la naturaleza; ni siquiera tiene voz para pedir su jubilacion. Este viejo sibarita, enervado por los placeres, ya no puede con la gota, y solo tiene fuerzas para contar sus interminables glorias con un susurro continuado que se desliza suavemente desde Chipre, Alejandría y Cápua.

¡El viejo Mediterráneo! Tiene razon lord Byron, no recuerdo en qué nota de una de sus obras, este mar es un asunto magnifico para un poema épico, desde la conquista del Vellochino de Oro, hasta la toma de Sebastopol. Empezando por Baco, y acabando por Pellissier, hay pocas cosas grandes en el mundo de las cuales el Mediterráneo no haya sido, ó la cuna, ó el sepulcro.

¿Qué hora ha dado? Las diez de la noche, y todavía la luna no ha podido disipar las nubes ¡envidiosas! que impiden á los lunícolas ver un espectáculo negado á aquel maldecido pais de volcanes inestinguibles. Ahora sí que tienen razon los que á su luz la llaman la sombra de las hadas, y otros el fulgor de los espectros.

Y ya que vamos hácia Valencia y hablamos de la luna, quisiera que nos dijese nuestro colaborador el célebre Bastús qué significa «dejarle á uno á la luna de Valencia,» pues yo conozco pocas lunas á las cuales prefiriera quedarme con mas gusto que á la templada y voluptuosa de Valencia.

Pero el cielo ha empezado á escuchar mis votos. Aún no he acabado de consignar mi sentimiento por la ausencia de la luna, cuando esta aparece radiante á solemnizar la fiesta.

Celebro que haya quedado el cielo sin nubes. Esos navios del aire, montados acaso por espíritus invisibles, siempre preocupan mi alma. Los carolinos dicen que se transforman en nubes despues de su muerte, y vienen de cuando en cuando á ver á sus amantes y á sus amigos, ya para bendecirlos por su lealtad, ya para maldecirlos por su inconstancia. Yo cuando me muera me alegraré no convertirme en nube, pues prefero no volver á ver á las personas queridas, que ver ciertas cosas que he visto al volver de ciertas partes, y sin volver por cierto convertido en nube.

Pero ¿qué es eso?

¡Fuego! ¡Fuego! A las once y media el navio *Francisco de Asís* empieza á arder por todos los extremos de sus vergas. Un movimiento inusitado se pronuncia en todos los buques. La alarma se hace general. Cuando todos esperábamos que los demás buques se preparasen á dar al navio *Almirante* bombas de apagar incendios, lo imitaron, inflamándose todos de repente. No son fuegos, son luces de Bengala que abrillantan el mar, y que apagan las estrellas. Parece que Dios ha engarzado de repente algunos aereolitos á las puntas de todas las cruces de los buques, para solemnizar, iluminando la superficie de las aguas con una vivísima eflorescencia, alguna boda que se está verificando entre las ninfas del mar y los espíritus del aire!

Descansemos un momento.

Son las dos de la mañana y estamos doblando el cabo de San Antonio. Es mucha religiosidad la de los españoles. En Alicante ya hemos visto un castillo de Santa Bárbara, otro de San Fernando, un baluarte de San Carlos, etc., etc., etc.: ahora estamos doblando un cabo que lo mismo tiene que ver con San Antonio que yo con sus tentaciones; pues maldita la que he tenido hace tiempo, como no sean tentaciones políticas, que suelo tener muchas. Y á propósito, ahora mismo tengo una. Pero bien que esta no es política, pues se trata de otra centena de muchachas de esa inaguantable edad de quince años, que en Alicante, de dos en fondo, fueron presentando á la Reina todos los frutos del pais, llevando en la mano derecha una palma virginal, y en la izquierda una cestita de mimbres con su correspondiente legumbre, dátíl, flor ó lo que sea, pero tan sumamente linda, que cualquiera de los circunstantes se convertiría de buena gana en ruiseñor, dátíl, flor y hasta legumbre, con tal de ir dentro de alguna de las cestas y ser llevado por aquellas manos, que no puedo concebir que nunca se las pueda comer la tierra. Pero la tierra se las comerá, y será una lástima, como antes no se las coman otros.

Así como en los trajes, lo mismo que en los frutos, aquellas espositoras de las industrias del cielo se diferenciaban en el carácter. Las de la marina se distinguen por un temperamento fibroso-nervioso pronunciado: las de la Huerta de Orihuela son algo nerviosas, pero, aunque pese á Rebagliato, enormemente *linfáticas*; y solo las gijonencas y las de la Olla de Castalla nos ha parecido que disfrutan de un perfecto equilibrio de humores, de formas y de todo. Las medias de las

de Gijona llamaron la atención por lo bonitas. Ninguna las llevaba, y por eso gustaron tanto. ¡Qué blancura en la tela! ¡Qué suavidad en el tejido!...

Pero dejémonos de tentaciones, porque ya vamos doblando el cabo de San Antonio.

Yo no quiero marearme, y no me marearé. La última vez que fui acometido del mal de mar, me curé con solo ver á Lisboa, y desde entonces, cuando no quiero marearme, me acuerdo de Lisboa, donde dicen que yo amaba á no sé quién, y me pongo bueno. Suministro este remedio al proto-medicato que no sabe curar el mareo más que aconsejando á las gentes que no se embarquen. Lo que es así, también lo curaba yo antes de ver á Lisboa.

Decidido, pues, á no marearme acordándome de Lisboa, voy á acostarme tranquilo...

¡Cielo Santo! Dormido con la idea del cabo y de Lisboa, apenas he reconciliado el sueño, se me ha aparecido como al portugués Camoens un nuevo gigante Adamastor. Era la sombra de Roger de Lauria, del célebre almirante del Mediterráneo, que elevándose, como dice el grande épico:

Cheos de terra é crespos os cabelos,
á boca negra, os dentes amarelos,

se dirigió á los reyes de la manera siguiente:—«¡Dichosos los reyes tan vitoreados por los pueblos, cuando esos pueblos son libres!

»¡Dichosos los reyes cuando pueden mostrar á los pueblos un sucesor tan bello, y que espero que sea digno de ser la cabeza de una gran nación!

»¿Y qué significa esa orden del Toison de oro que

el príncipe lleva colgada de su cuello? Yo no sabía que se podía honrar con honores á la fuente de todo honor.

»Yo en lugar de vuestras Majestades, en vez de adornar á ese hermoso príncipe con las insignias de ninguna orden, le mandaría hacer un traje de guardia marina que empezase por hacerle atractivo el mar, ese campo de batalla de todas las naciones; ese gran canal por donde se comunican todos los elementos de la civilización de los pueblos.

»Cuando veo á un príncipe heredero de un gran trono engalanarse con alguna orden, me parece que estoy viendo al Padre Santo aspirando á ordenarse de tonsura. Así, pues, en nombre de mi amigo y señor D. Pedro III de Aragon, el Grande, yo, Roger de Lauria, gran almirante que apresó al príncipe de Salerno, y que venció en Nicotera, Castrovecchio, Gerves y Taranto; en San Feliú, Rosas, Aguas y Provenza, os ruego que este viaje de placer sea el *bautismo de agua salada* de ese príncipe que debeis destinar á que lleve á efecto mi propósito de que no solo á las naves, sino hasta los mismos peces no se les permitia cruzar por los mares *como no llevasen sobre el lomo las armas del rey de Aragon.*»

Y luego, dirigiendo sus cabellos *crespos*, y sus ojos *lentos de tierra*, á los señores ministros, les dice gravemente:

—«¿A dónde vais, ministros del invencible Aragon y de la poderosa Castilla? El rumbo de Oriente era el que escogió para sus empresas mi amigo y señor D. Pedro III de Aragon, el Grande, vengador del infeliz Conradino. Hoy, las escuadras de nuestros reyes

no deben seguir más rumbo que el de Occidente; hácia allí está el Africa, esa patria de los rifeños, cuyas piraterías tenemos que vengar; y más allá están las Américas, de cuyas desgracias somos cómplices, y las cuales debemos aliviar...» «¿Qué significa el humo que vomita vuestra escuadra? ¿Es ese el aliento con que respira vuestro siglo? El mio no arrojaba tanto humo, pero en cambio despedía muchos más rayos de luz...» «¿Es posible, señores ministros, que no se puedan dar más días de gloria á nuestra patria, con esas galeras tan bien pertrechadas, con la más buena de las Reinas, y en *el reino más hermoso despues del reino de los cielos...?*»

Tales fueron las palabras de la sombra de Rojer de Lauria, y como diría el gran Camoens:

«Así contava, e co'hum medonho choro,
súbito d'ante os olhos se apartou;
desfez-se á nuvem negra, e co'hum sonoro
bramido muy longe ó mar soou.....»

¡Ánimo, compañeros!

Ya estamos en el golfo de Valencia; y aquí, como en la playa de Alicante, ya no se ve la luz en el fondo, pero se halla tranquilo como no lo he visto jamás. En este viaje hasta la naturaleza quiere obsequiar á nuestra Soberana, pues se conoce que al golfo le ha mandado acostarse, y este ha obedecido, y está durmiendo, aunque supongo que dormirá como las liebres, con los ojos abiertos.

¡Pero no hay cuidado! Vuelve á asegurarme el marinero que se ha ahogado ya doce veces, y que ha recorrido otras tantas el diámetro de la tierra, que no

hay cuidado. Y efectivamente, creo que no podemos tener ninguno. ¿Qué riesgos puede prepararnos este golfo, comparados con los peligros que nos ofrece diariamente nuestro mar de fondo social?....

El cambio de la peseta me parece que va á abrir algunos claros en nuestras filas, y sentiría que esto se convirtiese en un Trafalgar de los estómagos. Tenemos parte de que el ama del Principe de Astúrias ha empezado á marearse. ¡Secretos de la Providencia! Una graciosísima hija de Gijón, una ribereña del más soberbio de los mares, ha venido á marearse en una cazuela de agua. Por vida de D. Pelayo, que no esperaba que mi bella paisana hubiera sido el primer *caso*. Todos mis compañeros de viaje sienten mucho no ir en el navío, para poder prodigarla sus cuidados; aunque, en último resultado, la enfermedad no es de peligro.

Este golfo, como las grandes ciudades, aunque se halle en completa calma, parece que siempre nos está amagando con una revolucion submarina. Aquí las olas ya no nos acarician tan dulcemente como si fuesen pechos de sirena. Al doblar el cabo, el viejo Mediterráneo, irritado, sin duda, por la gota, empieza á estirar un poco los pies, y en estas horas de movimientos nerviosos yo siempre procuro alejarme, no porque tema á su cólera estenuada, sino porque de una patada involuntaria, ¡por San Francisco de Borja! que, sin querer, nos puede mandar á comer cacahuets á las playas de Gandía. Pero, ¡nada, nada! Hoy el viejo ha proscrito hasta los movimientos convulsivos de la gota, y ha renunciado á su verbosidad senil, dejando de contarnos con sus rumores eternos las glorias de sus Milciades y sus Laurias, y las crónicas es-

candalosas de sus Elenas y sus Cleopatras. ¡Muchas gracias, señor Mediterráneo! ¡Muchas gracias, señor golfo de Valencia!

Vamos á tierra. ¡Qué lástima! Por esta vez, de buen grado sentaría plaza de marino, si no fuera por el mareo, las tempestades, y, lo que es peor, el olor á brea. Nuestra tripulacion de poetas se despide enterneada de esta tripulacion de valientes. Una misma brisa nos ha conducido esta noche á todos juntos. Arrastrados por la necesidad infinita de vivir, de formarse ilusiones, de amar inmensamente y de ser dichosos, ¿á dónde nos llevarán desde hoy á todos nosotros los inconstantes vientos de la vida?...

Por hoy el ansia de felicidad nos lleva á Valencia, que si no es el paraiso terrenal, para mi es el paraiso de la tierra. ¡Cuántos deseos satisfechos! ¡Cuántas esperanzas cumplidas! ¡Cuántos recuerdos que no me serán arrancados del fondo del alma como no sea arrancándome la existencia! Al ver á Valencia, el corazon me palpita como si fuera á quebrarse!....

FIN.

ÍNDICE.

	Pág.
Prólogo	v
ARTÍCULO I.	
I.—La doctrina moderada	1
II y III.—La primera necesidad es el orden	3
ARTÍCULO II.	
I.—Ventajas de la discusion	5
ARTÍCULO III.	
I.—La fórmula del progreso del Sr. Castelar	13
II.—Todo el mundo es un poco demócrata	14
III.—Mala fórmula del progreso	16
IV.—La union liberal	18
V.—La moral y la doctrina moderadas	20
VI.—Estraño cristianismo de la democracia	24
VII.—Derecho é igualdad	27
VIII.—El libre-cambio absoluto	28
IX y X.—Criterio moderado	29
XI.—La mejor fórmula del progreso	33
ARTÍCULO IV.	
I.—Nuevos contrincantes	35
II.—Qué es la economía política	37